

he vuelto de Madrid, después de aquellas arideces de los campos de Blanca y de Archena, he esperado ansioso que pasasen los cerros de Molina, por ver aparecerse de pronto, como en un rompimiento teatral, la empinada Torre, allá a lo lejos, entre un Mar de verdura, hecho junto a sus pies alba espuma por el bravo oleaje. Luego se oculta; pero enseguida, bordeando el tren la Contraparada, reaparece, algo menos lejos, bajo un cielo de raso. Y no vuelve a ocultarse; pero poco a poco, se va percibiendo mejor; llegan hasta distinguirse las ventanas redondas de su cúpula...

Son sus ojos: Ocho, para que no se escape a sus miradas protectoras ningún sector del horizonte. ¡Cuántas veces mirándolos yo fijo, en tal ocasión, se han nublado los míos de emoción deliciosa!...

Qué ojos de Minerva, donde están esos ojos de nuestra Torre! con sus ocho niñas, que no son niñas, sino un coro de ángeles; tan claros, tan serenos, tan de dulce mirar, como los del Madrigal de Cetina... ¡Ah!, no me miréis airados nunca, a mí, que siempre os he llevado en mi corazón, luceros de sus noches sin luna.

Ya me siento viejo, cansado, apático, poco menos que inútil... Por lo mucho que he amado a esta patria chica, Dios me conceda cuando la tierra me reclame, dormir el sueño mortal entre los míos, donde me alcancen las dulces miradas de la Torre y me lleguen los efluvios místicos de su Cruz Redentora.

HE DICHO

